

CÓRDOBA SALMERÓN, Miguel, *La teología cristiana a través del arte barroco*, Granada, Editorial Universidad de Granada-Facultad de Teología de Granada, 2019, 254 pp. ISBN: 978-84-338-6449-9.

Cuando los investigadores hablan de interdisciplinariedad, el término suele quedar en el limbo de los buenos propósitos y, si acaso, avanza por la senda de la colaboración, con mayor o menor éxito, entre dos o más especialistas. La obra que nos ocupa, sin embargo, cumple con ese objetivo y lo hace porque ambas materias, Teología e Historia del Arte, confluyen en la formación y especialización de su autor.

Ciertamente Miguel Córdoba Salmerón es bien conocido en la Universidad de Granada, donde se doctoró en Historia del Arte y, por supuesto, también en la Compañía de Jesús, en la que ingresó hace más de una década, ostentando también la licenciatura en Teología. Por eso, a través de ocho sugerentes capítulos se adentra en complejos conceptos teológicos que explica con un lenguaje cercano al lector, conceptos que alumbran obras de arte con multitud de detalles. El barroco lógicamente es un terreno ideal para establecer esa relación.

Pero hay varios aspectos que hacen más atractiva aún la obra. En muchas figuras teológicas el autor no se queda en las formulaciones tridentinas, sino que abunda en formulaciones de teólogos actuales, con la idea de hacer la materia más comprensible. Además, queda claro que la Teología informa el Arte propio de la Contrarreforma (con incursiones del autor en las teologías de las iglesias reformadas, como contrapunto), pero sin anular la libertad del artista, sobre todo cuando transita iconografías inusuales, de manera que en cierto modo también algunas obras de arte colaboran con su audacia a enriquecer los conceptos teológicos, o al menos a darles forma plástica. Asimismo el concurso de la Teología enriquece notablemente los comentarios de determinadas obras de arte y esta labor es impagable para el historiador, que a menudo se acerca a ellas como fuentes indirectas para la Historia y encuentra aquí matices interesantes más allá de las pautas de comentario convencionales.

Por tanto, la reflexión va de la Teología al Arte y viceversa. Y para ello se ayuda, junto a la Biblia (pues la Escritura siempre el centro), de una notable selección de obras teológicas de distintas épocas, pero por supuesto dominando las de época moderna con interesantes referencias de autor muy útiles al lector iniciado, sin descuidar piezas actuales del magisterio de la Iglesia, en forma de bulas, encíclicas y otros escritos; es decir el “tesoro” de la tradición. Tradición y Escritura se dan la mano a la hora de interpretar la obra de arte. Y se esmera en presentar un elenco de obras de escultura y sobre todo de pintura, que reflejan bien su propia trayectoria científica, pues dominan piezas de la escuela granadina (sobresaliendo las de la iglesia de los Santos Justo y Pastor y las de la parroquia de Santa María Magdalena, entre otros muchos recintos) y también del ámbito novohispano (como la Casa Profesa de Ciudad de México) y roma-

no, pero sin olvidar grandes obras del arte español y de otras latitudes, según convenga al relato de los principios teológicos que desarrolla. Las ilustraciones aparecen insertas en el cuerpo del libro, pero también en un apéndice a todo color al final de la obra.

El libro se concibe como un recorrido por el interior de una iglesia, de hecho comienza entrando en ella y surcando su interior. A través de representaciones patéticas y descarnadas, a veces triunfales (como la Resurrección, pórtico de la plenitud existencial), con rompientes de gloria, siempre sugerentes e interpellantes, va recorriendo -como bien enumera Salvador Gallego en el prólogo- las huellas de la Trinidad (con su dificultad intrínseca de comprender el misterio de Dios, comunidad en el amor), los Sacramentos (con la necesaria mediación de la Iglesia), la Virtudes y obras de misericordia, la creación del hombre y la búsqueda de Dios, la muerte y la vida eterna (el cielo, el infierno y el purgatorio, ligados a la realidad del pecado y de la gracia, la tan debatida libertad del hombre), y, por supuesto, la figura central de Cristo y su Pasión (el Cordero, el Siervo de Yahveh), y la extendida devoción a la Virgen María, como también a los santos, comenzando por los apóstoles. Acaba, por tanto, insistiendo en el valor que presenta la obra de arte para la difusión del pensamiento cristiano.

Porque las obras de arte en todas sus ramas, el servicio del mensaje evangélico, muestran la belleza de la creación (el mismo Dios como artista, en continua creación transformadora, lo que de paso sublima la figura del artista), incitando a explorar un mundo interior a través de los sentidos. El arte se convierte entonces en teofanía, manifestación de Dios. Y ejerce sus resortes intuitivos y emocionales, que el Barroco en su cercanía y naturalismo llevó hasta sus máximas consecuencias. Sin olvidar que en este contexto, el arte sólo es un medio. Un medio que logra hacer visible el rostro esquivo de la divinidad. El arte que es creación por definición se implicó así en una suerte de “racionalización” de la fe. De manera que Arte y Teología alcanzaron un sublime maridaje durante la Edad Moderna. El arte no se distanciaba mucho de la mística (que es también éxtasis, locura) y de hecho las cimas de la mística y la ascética españolas fueron grandes defensoras del valor de la imagen sagrada, aquella que llevaba a Dios a todos a través de percepciones sensoriales. La persuasión que marida fe y obras, *leivmotiv* indiscutible de la Reforma Católica.

Lo narrativo y lo simbólico, perfectamente amalgamados, cobran entonces una importancia esencial. Algunas de esas esencias son desentrañadas a través de las páginas de este libro. Atención especial merece la representación de la humanidad de Cristo (respetando siempre su doble naturaleza, pues “no existe un Jesús que no sea el Cristo”, ungido, mesías, como sostiene un eclesiólogo actual), explotada hasta la saciedad por el Arte. Y la naturalidad de las representaciones, los personajes que aparecen a menudo con vestiduras propias del Siglo de Oro, con el profundo sentido que esto tiene. Del mismo modo que la teología moral (sin olvidar los casos de conciencia, tan jesuíticos y tan ligados al sentido de

culpa y a la piedad divina) fue evolucionando desde lo estrictamente normativo hacia lo genuinamente evangélico, lo que tuvo también su refrendo en el Arte. Y, por supuesto, como trasfondo y sin obviar el juicio (particular y universal), siempre la preocupación por la salvación del alma y la legitimidad de los sufrimientos por los difuntos, campo en el que tenían mucho que decir las cofradías.

Detalles preciosos se desprenden del análisis de infinidad de obras plásticas, sobre los principios de la Teología (comenzando por la dogmática) y de la tradística del Arte de los siglos pasados. Cuando España enarbola la concepción inmaculada de la Virgen María, por ejemplo, lo hace como bandera contra las herejías, convirtiéndose en un pilar esencial de la Iglesia Católica. O cómo se potencia el sacramento de la penitencia desde unas iconografías bien emotivas como son las lágrimas de San Pedro o la Magdalena penitente. O cómo se prohíbe la representación humana del Espíritu Santo en 1745. Una obra de arte admite múltiples lecturas, es cierto, pero sin olvidar nunca el contexto en el que se creó y la profundidad del mensaje que transmite. Porque sobre infinidad de detalles emerge una visión unitaria del mundo, un modo de entender la vida que durante siglos se instaló en las mentalidades colectivas.

Miguel Córdoba huye pues en sus reflexiones de explicaciones simples, más exactamente simplistas. Y esto es una ayuda inestimable para los amantes de la Historia. Sólo descodificando aquella cultura artística profusamente codificada se llegará a la comprensión de los mecanismos desarrollados, las ideas transmitidas y las respuestas esperadas. Un arte para y por los fieles (especialmente laicos), destinado a reforzar la realidad misma de la Iglesia (comunidad, misión, transmisión, salvación), en su unidad integradora de todos los pueblos (simbolizada en esos 153 peces recogidos por los discípulos de Jesús en el Tiberiades).

En suma, sugiere el autor que en el interior del templo y ante la obra de arte sacro, el hombre (cuerpo y alma) se pregunta buscando a la divinidad y es entonces, mirando a lo alto, cuando las piezas artísticas expresan y hacen visible la Palabra, una palabra escrita/oída que se hace visual, llamativamente visual. En ese momento, y con eficacia aquilatada a lo largo de los siglos en la expresión de la belleza, la propia Iglesia acomete su misión: el encuentro del hombre con Dios.

Miguel L. López-Guadalupe Muñoz
Universidad de Granada